LOS INTELECTUALES LITERARIOS Y LA POLÍTICA DE LA PERFECCIÓN*

FERDINAND KOLEGAR**

UNA ojeada a las revistas de sociología bastaría para revelar que el estudio de los intelectuales es verdaderamente uno de los aspectos más abandonados de la sociología. El aserto de que "los intelectuales están a la moda", hecho por Louis Bodin al comienzo de su excelente librillo *Les intellectuels*,[1] puede que sea verdadero en lo que concierne a la hornada reciente de revistas generales y periódicos culturales pero apenas si puede aplicarse a la literatura sociológica.

Suele pensarse que los sociólogos europeos han dedicado mucha atención al estudio científico de los intelectuales y a la vida intelectual, pero si uno examina de cerca la literatura descubre que las obras existentes constituyen casi por completo, meros prolegómenos teoréticos e históricos a la propia sociología de los intelectuales. Las contribuciones más notables a esta sociología fueron hechas por Karl Mannheim, Max Scheler y Theodor Geiger, quienes típicamente compartían las preocupaciones tradicionales de la *Wissenssociologie*. La moderna sociología empírica, en contraste con la clásica sociología del saber, ha mostrado una curiosa falta de interés en la investigación de la vida intelectual de la sociedad contemporánea y de los grupos compuestos por los creadores y vigilantes de la vida intelectual, ya sean escritores, periodistas, científicos, académicos, etc.[2]

---

* Ponencia presentada en la sexagésima reunión anual de la Asociación Sociológica Norteamericana, en Chicago, septiembre de 1965. Traducción del texto en inglés por José Emilio González.

** Profesor en Roosevelt University.

1 Louis Bodin, *Les intellectuels* (Paris: Presses Universitaires de France, 1962).

2 Las obras principales a que ahí hacemos referencia son: Karl Manheim, *Ideology and Utopia* (1936), *Man and Society in an Age of Reconstruction* (1940) y *Essays on the Sociology of Culture*; Max Scheler, ed., *Versuche zu einer Soziologie des Wissens* (1924); y Theodor Geiger, *Aufgaben und Stellung der Intelligenz in der Gesellschaft* (1949). El problema es discutido en forma estimulante al margen de obras como

Consecuencia de esto es que hay escasez de juicios generales empíricos y abundancia de vislumbres interesantes que, desde luego, no pueden substituir los hallazgos de la investigación sistemática. Tal carestía de trabajo empírico sobre los intelectuales ha surtido un efecto negativo aun en lo conceptual. Puesto que no se han enfrentado a la necesidad de organizar materiales empíricos, los sociólogos con frecuencia han sucumbido a la falacia de utilizar "intelligentsia" e "intelectuales" como términos omnicomprensivos y de concebir a los intelectuales como un grupo homogéneo y una comunidad unitaria. Desde luego, no me opongo a que se continúe usando el término, pues denota convenientemente una categoría social genérica bajo la cual se puede ordenar diferentes tipos de trabajadores intelectuales. Pero el término pierde gran parte de su utilidad taxonómica cuando se le utiliza sin discrimen en una investigación concreta. Propende a llevarnos a dar un énfasis excesivo a ciertas propiedades que se presume son "comunes" en esta categoría social muy diversificada y también a menudo nos lleva a cometer errores sustanciales cuando el comportamiento característico de un tipo distinto (como especie) de intelectuales es generalizado y atribuido a todos los intelectuales (como género).

Resultaría mucho más fructífero un enfoque que perfile más claramente el concepto de "intelectuales", *i.e.*, especificando qué tipo o especie de intelectuales se está estudiando, y luego, avanzando por pasos sucesivos, cada uno de los cuales explorará un segmento particular o tipo de "intelligentsia", moviéndose hacia planos más elevados de generalización. Tal procedimiento sería más fiel a los cánones de la investigación científica que el enfoque aforístico hasta la fecha reinante en la materia.

En lo que sigue sólo me ocupo de un tipo de intelectuales, los literarios, cuyos representantes principales son los novelistas y cuentistas, ensayistas, poetas y los críticos literarios. Mi intención es comparar y por esta razón he escogido una muestra muy especial de escritores, que describiré dentro de poco. Posiblemente, un sociólogo acostumbrado a magnas poblaciones de clasificación tipo censo estime que una población de escritores es sociológicamente una *quantité négligeable*. Aun en los países más letrados sólo llega a centenares o, en el

el *Traité de sociologie générale* (1917 de Pareto, en *Wirtschaft und Gesellschaft* (1921) y en las obras sobre religión de Max Weber. Hay otras obras valiosas dedicadas a los intelectuales, como *L'intellectuel* (1914) de A. Cartault, *L'opium des intellectuels* (1955) de R. Aron, *Der soziale Auftrag der freien Berufe* (1960) de H. Stieglitz y varios ensayos por Alfred von Martin, especialmente su "Die Intellectuellen als sozialer Faktor" en *Studium Generale*, 1962. Es sintomático el hecho de que ninguna de estas obras ha sido escrita desde el punto de vista de la "sociología empírica". (Hay traducciones al español de las obras mencionadas arriba, por Mannheim, Scheler y Weber. Nota de la Redacción).

mejor de los casos, a miles de personas nada más. Por ejemplo, la categoría de escritores profesionales en los Estados Unidos, amplia y generosamente definida, para efectos del censo, dio en 1950 sólo aproximadamente .02 por ciento de la fuerza obrera total. Pero al tratar de este grupo numéricamente pequeño de la fuerza obrera estamos tratando con un grupo intelectual muy activo y articulado, compuesto por originadores y transmisores de ideas, cuya importancia se multiplica en proporción a la acogida que le dan otros grupos sociales. En cierto sentido, se puede considerar a los intelectuales literarios como parte decisiva de un círculo inmanente de personas productivas intelectualmente en una nación.

En vista de las deficiencias señaladas, no sorprende que los pocos asedios al problema, efectuados hasta la fecha por los sociólogos, están llenos de generalizaciones fáciles que con frecuencia no pueden ser verificadas. Una de ellas es la afirmación, virtualmente no impugnada, de que los intelectuales en general y los intelectuales literarios en particular se hallan principalmente comprometidos con causas radicales o "de izquierda".

Naturalmente, hay también otros juicios fáciles que contradicen tal aserto al achacar a los intelectuales una falta de interés en la política, la alienación de la vida pública activa y hasta la apatía. Es evidente que un estrato social del cual se afirman cosas y características tan contradictorias no puede ser, como suele presumirse, un grupo homogéneo. Estas proposiciones contradictorias pueden ser bien entendidas cuando uno se percata de que el estudio sociológico de los intelectuales ha sufrido la falla persistente de no discriminar bien entre los diversos tipo o segmentos de la "intelligentsia". Junto a esto hay que considerar la tendencia a formular explicaciones demasiado abstractas de la conducta social y la desidia en relacionar proposiciones sociológicas con períodos históricos específicos o con situaciones y en especificar el contexto dentro del cual se sostiene la relación o el modo de comportamiento afirmados.

Como hipótesis heurística he resuelto estudiar la imputación de una inclinación general izquierdista a los intelectuales literarios. A tales efectos, he utilizado mi estadía de ocho meses en Europa y en Israel este año (1965) para estudiar la situación y las actitudes de los escritores en la mayor parte de los países que he visitado. De este modo, sometí a una tosca prueba la hipótesis. Desde luego, no puedo atribuirme el mismo grado de familiaridad con todas esas literaturas nacionales ni me era posible efectuar un estudio minucioso de ninguna de ellas. He dado atención especial a las literaturas inglesa, sueca,

checa y de Alemania Oriental. He escogido como caso de estudio propio la literatura checa, es la que mejor conozco.

Comenzaré haciendo observaciones generales sobre la situación del escritor cuando haya buenas razones para creer que estoy captando tendencias o patrones bastante generales. Cuando los datos disponibles no justifiquen la formulación de una inferencia general así lo haré constar. También lo haré cuando esté bregando con fenómenos específicos, limitados a un país en particular. Me he constreñido sólo a fuentes documentales, es decir, escritas, y la mayor parte, publicadas, aunque me he beneficiado de muchas conversaciones con informantes que, siendo ellos escritores, conocían bien el escenario local.[3]

Cuando hablamos de escritores reincidiríamos en el mismo error que critiqué en los inicios, si los tratáramos como una entidad inmutable e indiferenciada. De hecho representan una categoría muy diversificada, con distintos grados de incorporación a la sociedad (o de alienación de la misma), con diferentes *status* sociales y económicos, con diversas medidas de interés en la política y, desde luego, con puntos de vista muy discrepantes sobre la naturaleza de su actividad y su vocación. Pero lo que parece caracterizarlos a todos, excepto tal vez a algunos escritores muy descriptivos y a la margen bohemia de ciertas comunidades literarias, es el hecho de que se dedican a una actividad intelectual por excelencia y de este modo adquieren una cierta perspectiva característica sobre la realidad. Un sello de esta actividad y de esta perspectiva es la reflexividad, la propensión a reflexionar sobre la vida, de encarnar los resultados de esta reflexión en obras simbólicas y de entregarlas a un público.[4]

La hondura y el alcance de esta reflexividad también revelan una rica gama de variaciones y lo mismo puede afirmarse del grado o vigor de la urgencia comunicativa, pero en proporción mayor o menor se trata de un rasgo constante de todos los escritores. Es muy posible que aun los poemas más líricos, que comúnmente se piense —y hasta los mismos autores así los presentan— son más o menos transcrip-

[3] Quisiera aquí hacer constancia de mi reconocimiento y gratitud por la actitud cooperativa mostrada hacia mi investigación por las organizaciones de escritores en Suecia (*Sveriges Författareförening*) y en Israel (Asociación de Escritores Hebreos). También debo hacer constar que en el caso de Checoslovaquia me vi obligado a utilizar fuentes publicadas, pues su gobierno, al negarme la visa de entrada, me negó la oportunidad de estudiar la situación de los escritores checos sobre el terreno. Sin embargo, lo que desde un punto de vista externo pudiera parecer una desventaja puede haberme salvado de sufrir excesivamente las versiones de los portavoces oficiales de la Asociación de Escritores Checoslovacos (*Ceskoslovensky Svaz spisovatelu*) sin poder contrastarlas o verificarlas mediante entrevistas francas con los propios intelectuales creadores.

[4] Muy a propósito viene aquí el punto de vista de Geiger sobre el intelectual como alguien que reflexiona sobre la vida antes que actuar dentro de ella y que "mide toda la realidad material con la vara de la teoría y de la intelectualidad". (Geiger, *Op. cit.*, págs. 15 y 23).

ciones automáticas de temples anímicos o evocaciones de momentos efímeros, sean escritos, conscientemente o no, con el fin de revelar una imagen mental y una concepción de la realidad en los que la reflexión desempeña un papel importante. Sin embargo, a la reflexión sólo puede significar lo que significa si se halla guiada por la razón. La reflexión puramente intuitiva, aunque muy alabada por los románticos, es un caso raro y excepcional. Nadie ha denunciado más ardientemente la razón y el proceso racional que los artistas, y, sin embargo, la actividad literaria, en tanto es *nisus formativus*, resulta ser una actividad racional —cosa que puede probarse— y, como regla, por definición resulta ser una actividad racional muy disciplinada y persistente. El escritor controla y ordena racionalmente su material aun cuando profesa su adhesión a un proceso intuitivo, irracional o suprarracional, de creación, y aun cuando él pueda estar convencido de que se halla inspirado por una potencia externa. Sin embargo, su racionalidad es de una clase particular: no es la racionalidad teleológica del hombre de negocios o del científico. El escritor suele estar preocupado con ideas; hasta puede sostenerse, con alguna justificación, que vive *para* las ideas. Pero sólo en el más raro de los casos se le imputa responsabilidad directa (o asume él mismo tal responsabilidad) por la puesta en práctica de sus ideas o por su aplicación en el reino de lo público. Tampoco podemos pasar por alto que la racionalidad de la *vita speculativa* (la clase de racionalidad propia del escritor) es cualitativamente diferente de aquella propia de la *vita activa*. Los escritores suelen no darse bastante cuenta —y en algunos casos lo ignoran completamente— de esta diferencia y tienden a considerar la *vita activa*, es decir, *in concreto*, la esfera de la acción política como que representa un nivel más bajo de racionalidad que, si se le va a elevar sobre el plano de la dejadez natural y el cambio y el azar sin sentidos, debe ser imbuido con esa superior cualidad de racionalidad de que él, y los intelectuales en general, son los auténticos celadores e intérpretes.

Si por racionalismo entendemos la tendencia a "regular la vida individual y social conforme a los principios de la razón y a eliminar tanto como sea posible o a relegar al fondo todo lo que es irracional",[5] el escritor y el intelectual es un *kat exochén* racionalista. La realidad empírica tridimensional comparada con el mundo de las ideas o esencias puras necesariamente se le aparece a él, quien cultiva sus facultades de observación implacable, como pletórica de imperfecciones, y, de alguna manera, inferior, pues exige ser arreglada.

Por hallarse predispuesta de esta manera, cuando el intelectual

[5] B. Groethuysen, "Rationalism", en *Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. XIII (1934), p. 113.

o el escritor se aventura a la arena política, como comentarista, asesor o crítico, lo más probable es que se convierta en vocero de la "política de perfección", cuya premisa es la creencia de que la solución "racional" de cualquier problema es la perfecta.[6] Inevitablemente se convierte en el crítico, y en circunstancias de gran tirantez hasta en el enemigo, del orden establecido de las cosas. En el contexto de la sociedad burguesa, capitalista, su crítica se dirige a lo que él considera las raíces del mal ya sea la propiedad privada, la existencia de clases sociales, la explotación, el capitalismo, etc. Sus reparos resultan muy plausibles, subjetivamente, puesto que se siente desestimado por esta sociedad. La misma libertad de que disfruta le parece una carga, puesto que libre de la dependencia de un mecenas feudal o cliente, el escritor y el artista en general, si desea ganarse la vida por medio de la venta de sus obras, tiene que encarar las vicisitudes del "mercado". La sospecha le crece por dentro de que sus obras son los meros juguetes de los veleidosos estados de ánimo y gustos de un público carente de orientación estética, vulgar e incapaz de apreciarlo. La acusación de filisteísmo, de la comercialización del arte, del "nexo de dinero constante y sonante" que permea a toda la sociedad burguesa, que ha pervertido la sagrada misión del artista y ha degradado las obras de arte transformándolas en artículos de consumo es tema recurrente del artista en todas las sociedades burguesas. Ha sido expresado por escritores e intelectuales de tipos tan diferentes como Rimbaud, Mallarmé, Nietzsche, Anatole France, H. L. Mencken, Dos Passos, Sinclair y otros.

Este sentimiento de profundo desafecto y de ausencia de afinidad entre el artista creador y la sociedad pecuniaria, de mentalidad comercialista, ha sido transmutado por algunos escritores en un sentimiento de adhesión a aquellas ideologías y movimientos que se les brindaban como hostiles a los supuestos principales de la sociedad burguesa, de clase media. Estos movimientos, en particular los socialistas y los comunistas, dieron la bienvenida a este respaldo muy indirecto y germinal. Lo cultivaron y trataron de obtener la simpatía de los artistas prometiéndoles una existencia feliz y lugar de honor en una sociedad reconstruida conforme a su modelo. Casi todas las querellas formuladas por los escritores contra la sociedad burguesa fueron incorporadas por estos movimientos de protesta y sus líderes hicieron todo lo posible para formar una alianza entre ellos y los escritores, quienes fueron generosamente elogiados como "ingenieros de almas", o, por lo menos, como propagandistas de la causa obrera. Precisamente, este vínculo tenue y en muchos casos falto de reciprocidad entre los intelectuales literarios y los movimientos de izquierda, es el que ha sido considerado

[6] Michael Oakeshott, *Rationalism in Politics* (1962), págs. 5-6.

por muchos como prueba suficiente de que el hombre de letras siempre tiene creencias izquierdistas.

Sostengo que es un error conferir cualidad de absoluto a este nexo y parangonar la innegable existencia de la crítica social, de parte de un gran número de escritores, con su afiliación y respaldo conscientes a puntos de vista políticos de izquierda, como los que se han cristalizado en la terminología y en la dogmática marxista. En el mejor de los casos, y con la debida especificación de las circunstancias históricas, uno puede hablar de una disposición o tendencia hacia los enfoques políticos izquierdistas, lo cual resulta en conglomerados de ideas en los que actitudes generales de carácter "liberal" predominan y se entretejen, con mayor o menor grado de coherencia, con elementos ideológicos indígenas en una perspectiva socialista o comunista. Un estudio cuidadoso de una muestra de escritores que estuvieron activos en Checoslovaquia en la década de 1930, incluso escritores que proclamaron a voz en cuello estar *engagés* con el Partido Comunista, revela la falta notable de las actitudes políticas centrales en las obras comunistas de signo ideológico. Y fue este un período en que un número importante de autores, de acuerdo con su propio testimonio, se sentían fuertemente atraídos hacia los partidos comunista y socialista, en virtud de lo que aparecía como una serie de antinomias económicas insolubles en el sistema capitalista y de la bancarrota política de los regímenes liberales. Si la hipótesis del izquierdismo entre los intelectuales literarios fuera un concomitante genuino de la profesión de las letras, habría que esperar que en aquellos países donde los fines políticos del socialismo (y el comunismo) se lograron y donde la ideología izquierdista se ha establecido como ideología oficial del estado, los escritores se hallaran en acuerdo completo y casi unánime con aquellos fines e ideología. Habría que esperarlo, sobre todo, de aquellos escritores que, antes del establecimiento de esos regímenes, adhirieron públicamente a posiciones izquierdistas inequívocas. En verdad, podría lógicamente esperarse que allí donde discrepan de la doctrina oficial lo harían en la dirección de un punto de vista más radicalmente de izquierda.

Empero, lo que vemos en realidad, cuando estudiamos la situación literaria en los países que han establecido, ya sea alguna versión del estado socialista o del Estado-Providencia o una franca democracia popular, bajo la égida del Partido Comunista, está en directa contradicción con dicha expectativa. En países como Inglaterra y Suecia observamos entre los escritores una profunda decepción con los principios y políticas del Estado-Providencia, así como con sus consecuencias culturales. Las quejas de los escritores son numerosas, tan numerosas

que han dado lugar a muchas publicaciones y a debates públicos sobre la cuestión. Las razones que suelen invocar los escritores para tal insatisfacción con la sociedad del Estado-Providencia son: el fracaso de éste en la tarea de provocar el florecimiento de una cultura de la clase obrera o de una cultura popular (folk); la impresión de que aun las medidas sociales convenientes adoptadas por el estado sufren de "una falta de sentimiento humano"; que el estado aumenta su presión sobre el individuo por medio de una burocracia cada vez más centralizada; el incremento en la regimentación y la pronosticabilidad de la vida del ser humano, y, en general, "utilitarismo, vacío de ideas y materialismo".[7]

La insatisfación de los intelectuales en los países del "bloque socialista" es, en todo caso, aún más intensa. Constituye una prueba crucial para nuestra tesis. A pesar de toda clase de dificultades, causadas por su oposición, los escritores en estos países (es decir, la Unión Soviética después de 1917 y los países del Este de Europa en el período subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial) revelan una oposición notable a los regímenes comunistas. La medida en que ésta se manifiesta varía. Durante los períodos esporádicos de "liberalización", que se caracterizan por el aflojamiento de la censura y de las medidas punitivas, aunque siempre más bien cautelosos y vigilados, tal oposición puede obtener magnitud considerable. El hecho de que ésta a veces apenas si se oye, no significa que ha cesado; su silenciamiento es sólo señal del hecho de que durante las fases más opresivas del régimen comunista no se permite la publicación impresa de nada que porte el sello de la heterodoxia. Naturalmente, nuestro juicio en este caso procede por inferencia. Como regla, un régimen político totalitario concibe todas las ramas de la literatura como un arma importante en su lucha continua por obtener adhesión y para moldear la "conciencia de las masas" y supervisa muy vigilantemente lo que se publica.[8]

Como resultado de esto, el escritor decidido a criticar el régimen puede sólo en las circunstancias más raras hacerlo en la forma a que

[7] Estas citas son del libro de Anthony Hartley, *A State of England* (1963) y de una ponencia por Ingemar Hedenius, leída en un seminario sobre el escritor y el Estado Providencia, en Copenhague, septiembre de 1960.

[8] Recientemente ha habido dos explicaciones semioficiales de la necesidad de la censura: Jaroslav Vesely, "Materialistické pojetí svobody tisku", *Novinarsky sborník*, Núm. 1 (1962), y "Revolucni bdelost a ostrazitost", *Zivot strany* 19 (octubre 1964). Eugen Löbl, escritor comunista y funcionario del partido, sentenciado a larga pena de prisión por "conspiración contra el estado", a comienzos de la década de 1950, acusación que luego se admitió era falsa, en 1962, habla de su propia experiencia cuando escribe: "A los escritores se les impedía escribir... mediante un aparato represivo que ha liquidado inmisericordemente a todo el mundo, con frecuencia miembros de la familia qu pudieran haber articulado alguna crítica". (*Kulturni zivot*, Núm. 12 de marzo 19, 1965).

estamos acostumbrados en los países occidentales. Para poder manifestar su desaprobación se ve obligado a convertirse en un experto en el manejo de los recursos del sentido oculto y la ambigüedad. Sería inútil buscar en las fuentes publicadas del mundo europeo oriental obras de franca desilusión, como la ejemplarizada por *The God that Failed*[9] en Occidente. No obstante, las versiones disponibles de quienes han roto con el comunismo, compuestas ya sea por escritores que viven en Occidente o por los que han escapado hacia Occidente, nos suministran vislumbres valiosos sobre el proceso de cambio de actitudes de aquellos que alguna vez pusieron sus esperanzas en la utopía comunista sólo para ser despertados de sus sueños por la realidad comunista.[10]

El patrón de desilusión es notablemente similar, a pesar de todas las variaciones inevitables debidas a tradiciones y géneros literarios diferentes, a diversos contextos sociales y políticos y a diferencias en el origen social, el *status* y las carreras de los escritores. Típicamente, los escritores que simpatizan con la causa comunista o socialista cuando viven en una sociedad democrática (burguesa) se sienten inclinados a desempeñar la función del escéptico y del crítico socráticos frente al orden establecido. Pero en vista de que a la larga se siente que un negativismo crítico permanente es insatisfactorio, en verdad, irresponsable, el escritor-crítico busca un orden alterno, una imagen ideal de un mundo mejor, más justo, más abundante. Los intelectuales literarios más creadores pueden algunas veces perfilar una visión más o menos coherente de una sociedad más humana y "racional", de la que se hubieran extirpado todos o casi todos los males que afligen a la sociedad contemporánea. La mayoría de los escritores, especialmente aquellos

---

9 Esta frase ("El dios que falló"), naturalmente, fue tomada del título del volumen que compiló en 1950 Richard Crossman. En la obra, seis escritores distinguidos describen su "jornada de ida y regreso al comunismo". Uno de los inventarios más útiles para el estudio de la relación entre los escritores y el comunismo es la obra de Jürgen Rühle, *Literatur und Revolution: Die Schriftsteller und der Kommunismus* (Köln: Kiepenheuer & Witsch, 1960).

10 Horst Krüger, ed., *Das Ende einer Utopie: Hingabe und Selbstbefreiung früherer Kommunisten* (Freiburg, Walter Verlag, 1963), constituye una útil colección de versiones debidas a la pluma de escritores que fueron comunistas en la Alemania Oriental y que ahora viven en la Alemania Occidental. Krüger hace un comentario perspicaz sobre el trauma de realidad en un "estado de obreros y campesinos"; "Diez socialistische Farbe, die man in leuchtendem Rot erwartet hatte war in Wirklichkeit ein menotowes Grau. Damit aber war der Utopie ihre entscheidende Leuchtkraft genommen. Es gibt keine Utopie in Grau".

Hay otro documento, muy significativo, sobre la suerte del intelectual literario en un país comunista, documento que constituye una patética admisión de la ingenua credulidad del escritor antes de que los comunistas se incauten del poder. Me refiero al "Testamento Halas", escrito antes de su muerte por uno de los más grandes poetas actuales de Checoslovaquia, Frantisek Halas (1901-1949). Halas fue comunista y alto funcionario del Ministerio de Información. También fue enviado al Parlamento y elegido primer presidente de la Asociación de Escritores Checoslovacos. Su "testamento" puede ser leído en *Novy zivot* (publicado en Roma), vol. III, Núm. 10 (Octubre, 1951).

que no se encauzan por la filosofía social, buscan el diseño de tal sociedad en uno que ya ha sido preparado. Los diseños más fácilmente disponibles y en algunos respectos los más persuasivos, en los tiempos modernos, son los suministrados por las ideologías socialista y comunista. Su esquema para la reorganización del orden social probablemente ha ejercido la mayor atracción para escritores y otros tipos de intelectuales, imantándolos hacia sus movimientos.

El caso checo ofrece un ejemplo extremadamente significativo de una tendencia de los escritores, que se han hallado en disposición crítica hacia el *status quo* democrático-burgués, a dar la espalda al comunismo una vez que se establece como poder gobernante y, por lo tanto, deja de ser una mera promesa. La inclinación crítica y escéptica de los intelectuales literarios continúa manifestándose en el nuevo orden social. Sus objetivos varían, desde la crítica a los defectos de la sociedad comunista, pasando por reproches por la traición a las ideas revolucionarias hasta poner cautelosa pero claramente entre signos de interrogación la validez de las ideas comunistas mismas.

Sería de interés determinar el punto exacto en que se inició esta crítica del comunismo por sus antiguos simpatizadores. Se puede presumir que los escritores que antes no habían manifestado simpatía alguna por el comunismo adoptaron actitudes críticas inmediatamente después que el Partido Comunista ocupó el poder, lo que ocurrió en Checoslovaqia en 1948. Las medidas adoptadas por las autoridades comunistas contra un gran número de escritores (como silenciar sus obras, excluirlos de la Asociación de Escritores Checoslovacos, detenciones y prisión), constituyen un testimonio indirecto pero elocuente de la actitud crítica de esta categoría de escritores. Pero lo que es más importante, en esta coyuntura, es el comportamiento y las actitudes de los escritores que básicamente simpatizaban con el comunismo, tal como ellos lo entendían, o que no se habían comprometido políticamente. Si intentamos reconstruir el ambiente literario y político de Checoslovaquia a fines de la década de 1940 y los primeros años de la década subsiguiente, aparece que en el período de caos que siguió al golpe de estado de 1948, período que probablemente no duró más de un año, los escritores de izquierda temporalmente suspendieron su disposición y hasta su capacidad de criticar al régimen que acaba de ser establecido. Este lapso, relativamente breve, de tiempo, en que se concedió al nuevo régimen el beneficio de una tolerancia expectante, fue seguido por un período de aproximadamente seis años en que un régimen stalinista, de la índole más brutal, y su secuela, provocaron profunda desazón y desafecto. La evidencia entonces fue sólo indirecta: detenciones y suicidios de numerosos escritores y toda aquella "acéfala

masacre de la literatura checa y eslovaca",[11] ingeniada por los más altos funcionarios del gobierno y dirigentes del Partido y asociada en la literatura checa con lo que se ha llamado "la era Stoll".[12] Sólo en los años recientes comenzamos a obtener versiones más directas de la situación por escritores que vivieron en esa era. No hay duda alguna de que ese período de terror contribuyó a fortalecer la conciencia de que la supresión de libertades, la incompetencia en el manejo de los asuntos públicos y las medidas represivas totalitarias, lejos de ser el resultado puramente provisional de la falta de experiencia y los errores administrativos, son factores constituyentes de todo el patrón de gobierno.

De ahí que naturalmente coincidan el proceso de desilusión y el florecimiento de actitudes críticas hacia el régimen comunista entre los intelectuales literarios checos. Puesto que sólo contamos con la evidencia documental publicada, es difícil trazar el derrotero completo de desarrollo en esta actitud crítica. Aún más, cualquier conclusión derivada de materiales sujetos a censura puede sufrir de errores que no se hallarían en el análisis de documentos libres de tal intervención.

Característicamente, los primeros signos de una actitud crítica entre los escritores checos aparecieron en la estampa pública durante el período de "liberalización" y el relajamiento de la censura que siguieron al Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Esta crítica se hizo mucho más amplia durante la Segunda Conferencia de los Escritores Checos en abril de 1956, aunque sin pérdida de tiempo fue reprendida por las autoridades comunistas por temor, sin duda alguna, de que la crítica de los escritores se difundiera, poniendo así en peligro la consolidación y aun hasta la continuación de su poder. Pero el espíritu crítico no amainó a pesar de ello y asumió la forma más vigorosa en la Tercera Conferencia de Escritores celebrada en mayo de 1963. Esta conferencia fue tanto más significativa cuanto los oradores principales pertenecen a la generación más joven de escritores, cuya experiencia literaria se formó, en su mayor medida, durante el

[11] Esta frase lapidaria fue utilizada, en un discurso pronunciado en mayo de 1963, por Ladislav Novomesky, distinguido poeta eslovaco, y en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, alto funcionario del gobierno comunista (Viceministro de Educación para Eslovaquia), quien en 1954 fue sentenciado a diez años de prisión, acusado de "nacionalismo burgués" y quien al ser excalcelado en 1962 se ha convertido en vocero de una travectoria más liberal.

[12] Ladislave Stoll, quien entre 1952 y 1956 presidió sucesivamente los ministerios de educación, Educación Universitaria y Cultura, fue una de las autoridades supremas en el área de política cultural del gobierno comunista durante la mayor parte de su dominación. Este periodista, cuyo gusto estético estaba severamente limitado, escribió en 1950 un librillo saturado de estereotipos, *Tricet let boju za ceskou socialistickou poesii* (Treinta años de lucha por una poesía socialista checa). Su criterio explícito de juicio es si el poeta ha escrito panegíricos a Stalin ("nasel solva verse pro Stalina"). Por muchos años este criterio fue elevado virtualmente a política literaria del gobierno.

período del régimen de críticas dirigidas más o menos sin equívoco a distintos aspectos del régimen comunista, aunque tales críticas se aseguran contra una posible acusación de "propaganda contra el estado" por medio de protestas de lealtad al socialismo y, en algunos casos, paladinamente reclaman estar motivadas por el deseo de "renovar la confianza en el socialismo".[13]

Estas dos conferencias de escritores fueron las dos ocasiones más notables en que la crítica al régimen comunista se convirtió en asunto de constancia pública. Una de las razones por qué fue posible tal franqueza extraordinaria en la manifestación de las críticas lo constituye el hecho de que, diferente a una obra de ficción, el programa de la conferencia permitía, aún más, pedía, la directa preocupación con el problema de la relación entre el escritor y la sociedad en general. Otra razón parece haber sido un cierto sentimiento de seguridad que surgía del hecho de que la actitud crítica era compartida por la gran mayoría de los escritores, lo que hacía más improbable la represalia sistemática por parte de las autoridades. Este no hubiera sido el caso de tratarse de una figura solitaria que expresara críticas. No quiero decir, tampoco, que la crítica se ha limitado a las conferencias. Las páginas de revistas literarias como *Literární noviny* y *Kulturní život* continúan llenas de artículos en los que la ironía, la alusión y el reportaje directo se utilizan como armas polémicas contra el régimen, a quien se acusa de "burocratizar la revolución", de haber "quebrantado la confianza de los ciudadanos en el socialismo en general", y de tratar de "sobornar las almas de los escritores".[14]

Por lo menos se puede derivar, provisionalmente, una conclusión de los datos que he recorrido brevemente. Esta es que la inclinación hacia la izquierda o la adhesión a una ideología de izquierda (*i.e.*, socialista), que puede a veces discernirse entre los intelectuales literarios de ciertos países y en ciertos períodos no constituye una actitud per-

[13] El texto de las treinta y nueve ponencias leídas en el congreso ha sido publicado en *Literární noviny*, vol. XII (1963). Las cuestiones que precedieron a la conferencia (mayo 22-24) y las que siguieron tienen gran valor de información sobre los problemas a que hoy hacen frente los escritores checoslovacos.

[14] Estas son citas espigadas un poco al azar de artículos por V. Mihálik, P. Kohout y V. Minác en *Literarní zivot*. Si el espacio lo permitiera, podrían ser multilpicadas *ad libitum*. La frecuencia de tales artículos críticos debe parecer por lo menos alarmante a los funcionarios comunistas, pues hasta el Presidente Novotny descubrió ser necesario manifestar públicamente algún reparo contra "la tónica oculta de una mentalidad inadmisible de oposición" y contra "el espíritu destructivo de los artículos" publicados en las revistas literarias... y las expresiones de "dudas sobre todo lo que el Partido ha hecho" (en un discurso pronunciado el cinco de abril de 1964 en Banská Bystrica). Entre los libros, la obra más destacada que hace patente el espíritu crítico creciente entre los escritores comunistas de la Checoslovaquia actual es *Oneskorené reportáze* por Ladislav Mnacko (Bratislava, 1963). El libro de Vojtech N. Duben, *Ledy se bnuly* (Nueva York, 1964), brinda una versión breve pero útil de los desarrollos actuales en la literatura checoslovaca, con base en fuentes primarias.

manente, característica de todos los escritores en todos los países y en todos los tiempos. No se trata, en sí, de una disposición izquierdista sino más bien de una disposición *crítica*, o, mejor, de una cierta medida de alienación que parece estar siempre presente en la actitud de los escritores (y hasta cierto punto de todos los intelectuales) hacia la sociedad en general y en particular hacia el centro del poder político. Esta alienación debe, por lo tanto, ser visualizada en un sentido relativo: no como una oposición invariable a un sistema social o político en particular, tal como la democracia burguesa, sino más bien como expresión de una tirantez característica en la relación entre la "intelligentsia" y el resto de la sociedad. Esta tensión que se expresa en varias formas, *e.g.*, aislamiento, indiferencia, suspicacia frente a las exigencias más rutinarias que de sociedad; rebeldía, envidia, odio, crítica, etc., surge en parte de una conciencia fuertemente desarrollada de que el intelectual constituye una especie aparte, a menudo asumiendo la forma de un sentimiento de misión especial, y en parte de las preocupaciones de los intelectuales con los valores ideales y una capacidad de concebir las cosas como partes de un conjunto complejo, en el cual se halla inmanente la eterna polaridad entre lo numénico y lo fenoménico.

La tensión entre los intelectuales y la sociedad no se manifiesta necesariamente en forma o intensidad iguales ni es igualmente característica de todos los sectores de la "intelligentsia". En todas aquellas ocasiones en que la sociedad profesa valores que esencialmente se hallan en conflicto con los valores y tradiciones principales de los intelectuales, la tirantez y el extrañamiento mutuos serán generalmente más patentes y agudos. Pero cuando la sociedad, o su liderazgo político, reconoce la importancia de los valores intelectuales y de los valores humanos generales, de los que los intelectuales se sienten los más auténticos vigilantes, la alienación cede el paso a una relacióón más armoniosa en que el filo de la crítica social de los intelectuales resulta ser temporalmente embotado.

En conjunto, la tendencia a criticar, ligada a la capacidad de elevarse por encima del nivel de lo inmediatamente dado, la realidad concreta es uno de los valores genuinos de los intelectuales, aunque nunca se ejerce uniformemente por todos ellos en determinado período. En el reino de las creencias y actitudes políticas esta propensión crítica a menudo se expresa en términos de oposición a los intereses creados. El corolario positivo de esta oposición es la lucha para que las instituciones de su sociedad se aproximen más y más a un modelo que integre su visión de una sociedad humana, en la construcción de la cual se implica, como regla, un elemento de pensamiento utópico. Aunque en

el siglo veinte las utopías típicas han sido las de perfil liberal y socialista, se puede concebir que en el futuro la distribución cambiante de poder en el mundo y las mutaciones estructurales ínsitas en el proceso universal de industrialización producirán una situación en que la función de trascender la realidad, característica del pensamiento utópico, por lo menos en las sociedades de tipo "socialista", será cumplida en forma más adecuada por utopías conservadoras. En tal caso, es de esperarse otra vez que los intelectuales sean los voceros de "la política de perfección", aunque la sociedad perfecta se buscaría entonces, no en un diseño del futuro, sino en la conservación o restauración de aquellos valores clásicos y formas de existencia que habían sido completamente abandonadas con los órdenes institucionales o los cuales estuvieron una vez estrechamente vinculados. Me parece que un indicio de esta tendencia ya puede ser obscuramente vislumbrado en el comportamiento y en las actitudes de los intelectuales en los países socialistas de la Europa contemporánea.